

quiu de su Amado y su entendimiento ilustrado del poco aprecio, que merece el mundo, como hidra de muchas cabezas, en honras, delicias, y tesoros: pensó cortarlas todas de vn golpe, y refecarse de su durísima fervidumbre, conflagrandose hostia viva de la pureza en el estado Religioso. Pero sabiendo bien, que sin el beneplacito de su Padre no podian efectuarse en aquella edad sus honestos deseos: se los propuso, rogandole (con aquella eficaz persuasiva, que embia à los labios el coraçon, quando solicita lo que ardentemente desea): que se los cumpliesse. Eran muy otros los pensamientos del hombre; y casi reprehendiendo como capricho de Niña los de su Hija, la persuadió le obedeciese puntual en tomar à su tiempo estado de Matrimonio; puesto que sobre ser conveniente à los adelantamientos de la Familia; no le seria de estorvo el esposo, à que le tenia destinada, para los empleos de las virtudes. Fué este golpe muy sensible para la santa Docellita; porque como tenia hecho Dueño de todo su coraçon à Jesu Christo, se le hacia cosa durísima averle de dividir con vn hombre. Pudiera, claro està, mantenerse firme en la santa resolución de conservarse virgen, sin faltar à la obligacion de Hija, resistiendo à su Padre, como otras Santas lo han hecho, y siempre con razon: puesto que, como saben todos, el dominio de los Padres en los Hijos tiene su esfera limitada: y no se estiende à tanto, que les ate las manos para tomar estado à su eleccion; especialmente si es de virginidad: como canonizado del Apostol por mejor que el del Matrimonio. Pero como la Providencia Divina tenia destinada à Francisca para idea de perfeccion conjugal; cerrando, con este exemplo mas, la boca de aquellos casados, que culpan al

Qui Matrimonio inuigit virginem suam, beneficit: & qui non inuigit, melius facit. Ad Cor. 7.

estado, para no arreglarse à las justificaciones de la Divina Ley: dispuso con sabio acuerdo predominarse en la casta Doncella al amor de la virginidad el dictamen particular, de que el sacrificio mas grato, que podia hazer de si misma à su Celestial Esposo, era el de la obediencia, dexandose con tal resignacion en las manos de su Padre; en quien, por este titulo, veneraba al mismo Dios. Con esto desistió de su primer designio; y fixandose en el de la obediencia, se bolvió à su coraçon los deseos de virginidad: que no le fueron de poco fruto para la vida eterna; porque violentados perpetuamente en el Alma à fuerza de la resignacion, se la martyrizaron mas de lo que se puede pensar, como veremos adelante.

Llegó Francisca à los catorce años; edad en que ya su Padre la juzgó fazonada para desposarla con vn Noble, y Rico Mancebo Romano, llamado Lorenzo de Poncianis: à quien ella (mas por obediencia, que por inclinacion) dió la mano, y tomó despues el Apellido, siendo conocida de todos por Francisca de Poncianis. A la Nobleza, y riquezas de Lorenzo, se añadia su discrecion, y buena indole, muy acomodada à los empleos de las virtudes: prendas, que no dexaron que desear al coraçon de otra Muger, menos enamorada, que Santa Francisca, de la limpieza virginal. Mas en la honestísima Doncella la dulçura de todas estas felicidades no logró quitar lo amargo de su pena: porque como en su Matrimonio no pudo escufar vna deuda, para cuya justa paga huvo de deshazerse de la joya de su mayor estima: cayó en vna melancolia, tan profunda, que no alcanzaron à aliviarla, ni todas las diversiones, que la solicitó la fineza de su esposo; ni todas las reflexiones, que ella misma hazia à esfuerzos de la

resignacion para conformarse. De aqui se le encendió, metida en los huesos, vna calentura malignísima, que puso à la Santa en los umbrales de la muerte, y à los Medicos en desesperacion de su vida. En este conflicto la visitó en Vision imaginaria San Alexo, de quien ella era cordialísima devota: y viendola el Santo consolado con dulces palabras, en que le hizo parentés los grandes frutos, que de su Matrimonio avia de sacar el Altísimo: desprendió de sus ombros vna esclavina, y aplicóla à los de la Enferma. Al contracto desaparecieron en vn punto la tristeza, la calentura, y la Vision; quedando la Sierva de Dios muy fortalecida en el cuerpo, y rebosando dulçuras celestiales el espíritu.

CAPITULO XXVII.

DE LA PERFECCION CON QUE CUMPLIA Santa Francisca las obligaciones de Muger casada: y de su Profesion en la Tercera Orden de Penitencia.

Desde la Vision, que acabo de referir, se entregó Santa Francisca muy de coraçon al exacto cumplimiento de las particulares obligaciones de vna Señora casada: y conociendo, que en este estado seria fabricar sobre arena el edificio del espíritu, sino se pudiesen por piedras fundamentales las tres Virtudes de amor, temor, y obediencia al Marido: resolvió entregarle toda su voluntad, para no tener en el coraçon movimiento, que no pendiese de la cabeza. Despues enderezó su atencion à poner en orden, y componer discretamente los exercicios espirituales con las ocupaciones domesticas: cautelando en estas, no sufocasen el espíritu con la nimia sollicitud: y

en aquellos, no robassen con la maldad de la devocion las horas debidas al cuydado de la casa. Con la ociosidad, abierto campo donde levanta, y mantiene sus esquadrones el vicio, estuvo perpetuamente reñida; y como verdadera Muger fuerte se ciñó de fortaleza; haziendo robusto su brazo, para facudir de si los fútiles empleos de los estrados, en visitas, y vanidades, con que ordinariamente comen ociosas el pan las Madres de Familias. Serviale de criadas, no para la ostentacion, sino para la necesidad: con que tenia pocas, y estas humildes; porque las que no lo eran, no la servian. Su porte para con ellas era admirable: Ganábala la voluntad con el agrado; contentálas en el debido respeto, con la gravedad: hazia oficios de Madre en sus necesidades, con el alivio; y usaba de las severidades de Señora en sus desordenes, con la reprehension; tenia paciencia de compañera en sus desuydos, con el disimulo: y con la hermosa cadena de tan estimables prendas, ató de tal modo à su voluntad à de las criadas, que procuraban servirle hasta los pensamientos. Por este medio logró evitar en su Familia aquel impaciente desentono de quejas, que se oye continuamente en las lenguas de las Señoras; quando en estas quiere ser servido de las criadas el tañto, y la impertinencia. En el uso de las galas, el tiempo que las traxo; hizo tambien evidente prueba de su discrecion; porque nunca las cortó sino por dos medidas muy ajustadas: vna, fué la decencia de su calidad: otra, el gusto de su esposo. Haziales otro tanto mas preciosas, y bien vistas, sobreponiendolas siempre su modestia, y honestidad: ornatos en las Mugeres los de más gusto, y menos gasto para los Maridos.

Asi se portó la Santa, no sin admiración.

miración de Roma, hasta los diez y siete años de su edad; en que hallándose ya Madre de dos hijos, y superiormente llamada de Dios para un absolutísimo menoscabo del mundo: persuadió à su esposo dexasse correr libre su vocacion, y se hiziesse parte en ella con su beneplacito. Estaba el Noble, y piadoso Joven prevenido de la poderosa diestra del Altísimo para este efecto; con que no solo no embarazó los santos propósitos de su esposo: sino que la acompañó en ellos, como fidelísimo coadjutor; dandole rienda suelta para que siguiesse presurosa el impetu del espíritu, que la movía. Con este salvoconducto, y con la aprobación de su Confessor, de cuya boca estaba pendiente: soltó de una vez toda la represión de sus fervores, comenzando una vida tan abatida, y penitente, que pasó de la admiración al asombro. Despojóse de todas las joyas, y galas, à que hasta entonces la condenó la decencia de su estado, y el gusto de su esposo (como ya dixé) y vistió un Abito del paño vilísimo, y burdo, con que se vestían en aquellos tiempos las esclavas de los Romanos. Así desafortada del mundo, y atropellando la vana fantasma del que dirán, que à tantos buenos propósitos ha hecho bolver las espaldas en el camino de Dios: executó las heroicas hazañas, de que despues hablaré; y que à la corta vista de la prudencia del siglo pasarán por extravagancias ridiculas.

Yo presumo que en esta ocasión fué quando abrazó la Santa el Instituto de la Tercera Orden; porque siendo cierto que le abrazó, como afirman los Autores, de que haré mencion abaxo; y no declarando el tiempo, en que lo hizo: parece muy conforme à razon que lo executasse en esta nueva mudança de vida. Dixé, siendo cierto; porque hablando con la

ingenuidad, à que estoy obligado por mi profesion, y à que me inclina mi genio, son gravísimas las razones de dudar por la parte opuesta. Lo primero: porque el comun sentir de nuestra Religión, à lo que se ve, no la reputa por una de las Santas de su Tercera Orden; pues à ser así, la invocara en sus Letanias particulares, colocandola entre las Santas canonizadas de la misma Orden Tercera, como lo haze con Santa Rosa de Viterbo, y las dos Isabelas Reynas, una de Portugal, y otra de Hungria. Lo segundo: porque en el Quaderno especial de nuestra Religión, para el Oficio de sus Santos propios; no se pone à Santa Francisca; y no es prudentemente creíble dexara de ponerse, si la sentencia de aver sido la Santa, Tercera Franciscana, tuviera algun apoyo grave, aunque no fuera evidente. Lo tercero (y lo que à mi mas me mueve) es que todos los Chronistas mas graves de la Religión, con otros Escritores casi contemporáneos de la Santa, y que escribieron, muy de intento, y con estudio no poco, las glorias de la Tercera Orden en la fecundidad maravillosa de sus Hijos Santos; dexan tan en silencio à Santa Francisca, que ni aun la duda de que fuesse Tercera mueven. No la toma en boca nuestro Bernardino de Bustos, en la Nomenclatura que haze de los Varones, y Mujeres de la Tercera Orden, illustres en Santidad; siendo así que vivía en Italia, quando la fama de Santa Francisca estaba mas fresca. No la toma en la boca el Indice de los mismos Varones, y Mujeres illustres, que se añadió al Libro de las Conformidades de Pisa, año de mil quinientos y noventa. No la toma en boca nuestro Mariano Florentino; no, Marcos de Lisboa, no Rodulfo, no Barezzio, no Gongaga, no por último Wadingo, diligentísi-

mo

mo Annalista de la Religión, que sudó insatigablemente en sacar à luz las cosas dignas de memoria en sus tres dilatadas Ordenes, defendiendolas de las tinieblas del olvido con ardentísimo zelo, è igual erudicion. La fuerza de la autoridad negativa en estas materias, sienten bien los Eruditos de la Historia: por cuya razon no debo estrañar, que el Doctísimo Papébroquo al dia nueve de Março en la Vida de Santa Francisca Romana, se admire la pongan entre los Santos de su Tercera Orden los Chronistas Modernos de la Religión Franciscana, quando no se halla ni leve rastro de esta novedad en los Antiguos, así Estraños, como Domesticos. Esta misma dificultad hizo suspender el juicio à nuestro Gobernatis en el segundo Tomo de su celebrado *Orbis Seraphicus*, lib. 13. cap. 7. donde historiando los maravillosos frutos, que ha dado à la Iglesia de Dios la Religión de Nuestro P. S. Francisco, escribe las palabras, que se figuen, y yo traduzco fielmente à nuestro vulgar. *Arturo en su Martyrologio Franciscano, Bordonio en la Chronologia, y en el Bullario de la Tercera Orden; la Chronica de la Provincia de Portugal, y otros bastantes Autores que ellos alegan; testifican, no sin algun fundamento, que Santa Francisca Romana, y Santa Brigida, Fundadoras de dos nuevas Ordenes; una debaxo de la Regla de San Salvador; otra debaxo de la de San Benito: hizieron antes Profesion en la Orden Tercera de N. P. S. Francisco. Y à la verdad, por lo que toca à Santa Francisca, loemos de ella, que tuvo por Director en las cosas de su Alma à un Religioso Minorita del Convento de N. P. S. Francisco Transyberin, sin cuyo consejo, y obediencia, no se movia la Santa à cosa alguna. Yo, empero, enemigo de semejantes controversias, espero de otros en este punto resolucion mas firme. Hasta aqui nuestro Gobernatis.*

Parte V.

Esto no obstante, doblando mi juicio, le inclino à la parte afirmativa de los Modernos. Lo primero, porque nuestro Arturo, principal Favor de esta Sentencia, pone à Santa Francisca Romana en el Martyrologio de la Religión al dia nueve de Março, por estas formales palabras: *Roma S. Francisca Vidua ex Tertio Ordine Seraphici Patris Sancti Francisci.* Y la autoridad de Arturo en materias concernientes à la Religión, es tal, que merece la aprobacion de nuestro exactísimo Annalista, como se ve en su libro de *Scriptoribus Ordinis*, donde dà el testimonio siguiente. *Arturus à Voading: Monasterio (vulgo de Munstier) Gallus, Rothomagensis, Provincia S. Dionisii alumnus, vir in rebus nostri Ordinis investigandis improbi laboris, & indisponendis non contemnendi iudicij; postquam in his perquirendis Italiam, Galliam, aliasque peragraret regiones, & pleraque lustraret tabularia: edidit. . . . MARTYROLOGIUM FRANCISCANVM, in quo Sancti, Beati, alique servi Dei Martyres, Pontifices, Confessores, ac Virgines; qui tum vita sanctitate, tum miraculorum gloria claruerunt in universo Ordine Fratrum Minorum, toto Orbe terrarum, cunctis usque nunc seculis, per omnes provincias Observantium, Discalceatorum, Recollectorum, Conventualium, Capucinatorum, &c. Monialium Clarissarum, Urbanissarum, &c. necnon Tertiariorum viri sui sexus, tam Secularium, quam Regularium: recensentur.* No es, pues, de creer, que Varon tan erudito, y tan exacto en inquirir la verdad, desboliendo, y escudriñando para esto los mas principales Archivos, y Monumentos de Italia, sacasse à luz, sin fundamento grave, la novedad de aver sido Santa Francisca Romana Hija profesada de la Orden Tercera de San Francisco. Lo segundo, porque la Religión Franciscana ha promovido siempre el mayor culto de Santa Francisca, debiendose à su activa sollicitud

Z z

la

la extension de su rezo en toda la Iglesia con Rito doble, como hasta el mismo Papebroquio citado, lo confiesa; reconociendo en esta demostracion alguna conexion entre nuestra Religion, y la Santa. Lo tercero, porque los Kalendarios antiguos, y modernos de la misma Tercera Orden, colocan à Santa Francisca entre sus Santos, efectuando muchos años hà en pacifica posesion de este derecho, sin la menor oposicion de Orden, ò Religion alguna; como nota muy bien el M. R. P. Arbiol en su libro de la Tercera Orden. Lo quarto, y mas digno de consideracion, porque así lo resolvieron, aviendo examinado con madura reflexion este punto, los Varones mas calificados, y doctos de esta gravissima Familia Cisimontana, congregados para esse efecto, por el Ilustrissimo Señor Manero, Obispo dignissimo de Tarazona despues de General de toda la Orden, y bien conocido de los Eloquentes Eruditos por su famosa obra de la traduccion de Tertuliano en la *Apologia*, y en el libro de *Pasciencia*.

Los instrumentos, por donde acaso se governò entonces el juycio para esta resolucion, se perdieron con otros infinitos papeles, que el mismo Ilustrissimo Manero, siendo General de la Orden, avia recogido con incansable desvelo; y despues con permiso de la misma Orden, se los llevó al Obispado, à fin de escribir por sí mismo la presente Chronica. Fue la causa de tan lastimosa pérdida la intempestiva muerte de este gran Prelado; por que apenas faltò, quando à la fama de su copiosa, y selecta Libreria, compuesta de mas de catorze mil cuerpos, acudiò la codicia, y procediendo con el desorden, que es tan propio de tales lances, se desaparecieron à bueltas de los libros los referidos papeles. Perdieronse tambien entre ellos

Arbiol, p. 3.
cap. 16.

Gubernat.
tom. 1. Orb.
Seraph. l. 3.
§. 67. n. 4.

otros muchos instrumentos autenticos del Archivo General del Convento de N. P. S. Francisco de Madrid, sin aver avido jamás forma de recobrarlos: lastima, que debemos llorar inconsolablemente todos los interesados; y mas que todos, los Chronistas, por los graves apoyos que en ellos nos faltan para muchas noticias muy importantes.

Contra la referida determinacion de Varones tan doctos, y prudentes, no debe, ni puede prevalecer el silencio de los Antiguos: los quales, en mi entender, viendo que Santa Francisca avia pasado del Instituto de la Tercera Orden al particular que ella misma fundò, y diremos despues se juzgaron desobligados de historiar sus Virtudes, como de la que yà no debia contarse en el numero de nuestros Santos. Por esta misma razon la Orden no la coloca en su especial Quaderno; hi en sus Letanias; pues esto lo haze solamente con aquellos Santos, que pusieron fin à sus dias dentro del Instituto Franciscano. El silencio de Wadingo tampoco perjudica: porque escribió sus Anales, antes que Arturo su Martyrologio: con que no pudo poner en ellos aquella noticia, que este nos descubrió.

Siendo, empero, constante, que Santa Francisca, aunque murió en su Monasterio debaxo de la Regla de San Benito; vivió la mayor parte de su vida en el siglo, debaxo de la Regla de la Tercera Orden: resolvieron acordadamente los Historiadores Modernos, y los Varones doctos alegados, no quedasse sepultada en el silencio esta memoria; para que sean al mundo manifiestos los prodigiosos frutos de santidad, que en todo tiempo, y en cada vna de sus tres Ordenes ha dado à la Iglesia el Arbol bueno de la Religion Serafica. Con este

este título, y por no acreditarne de raro, apartado del sentir de los Modernos, proseguirè la relacion de las Virtudes de tan Gloriosa Santa: sin que se entienda predominar en mi pluma el genio de aquellos Historiadores, que cubriendo la codicia con el velo de la devocion, intentan algararse con todos los Santos agenos; armando àzia este fin, con su passion maniatca, argumentos tan valadies; que dan harto que reir à los prudentes. Entre nosotros aun fuera mas ridiculo este empeño; porque aviendo enriquecido la Divina Liberalidad à la Religion con vna cosecha de Santos, y Varones illustres en virtudes, y prodigios tan abundante, que por la multitud no se pueden contar, ni caben todos en el ambito de la Chronica: olvidar estos, y desvelarse en buscar los agenos; como no avia de glossarse à lesion de la fantasia?

CAPITULO XXVIII.

DE LAS HEROTCAS VIRTUDES
Morales de Santa Francisca.

Poco importa para la perfeccion Christiana, que los ojos estèn en el Cielo, si las manos se estàn en el seno. Poco importa que se desoje el entendimiento en delicadas contemplaciones de las cosas celestiales, si no se estienen las manos à la practica de heroycas operaciones por el exercicio de las Virtudes. No fueron santos los Santos solo por orar, sino por orar, y obrar. La Oracion descubre el camino para la operacion: Aquella con esta es luz, que alumbrà; y enciende: sin esta, suele ser exhalacion, que deslumbra la vista, y se desvanee en ayre. De grandes ilustraciones, tenia Dios enriquecido el entendimiento de Santa Francisca: clarissimas eran las luzes, con que el Espiritu Divino le avia descubierta Parte V.

muy desde sus primeros años las falacias de la vana pompa del mundo: pero si la Santa no huviera estendido su mano à cosas fuertes; obrando lo mas heroyco de las Virtudes; y apagaranse convertidas en ayre, ò en humo todas las luzes. Por lo que dexo escrito hasta aqui, se divisan algunas de las operaciones virtuosas; con que calificaba sus desengaños, y con que servia al exemplo de las Señoras casadas: aora se veràn mas de lleno las que pueden ser, no solo idea, sino asombro del Religioso mas humilde, y mortificado, y del Anacoreta mas penitente, y desaforado del mundo.

Ante todas cosas para levantar assegurada la fabrica de las demás Virtudes; à que la impelia la nueva fuerza de su Vocacion: abrió tan profundas las zanjas de la humildad por el vilipendio con que se trataba; que dificulto yo se halle Santo, que en esto la exceda. Siendo como era Nobilissima, de las mas illustres Familias de Roma, salia al campo, en compania de otras pobres mugeres; à recoger los desperdicios de los leñadores. Quando yà tenia dispuesto vn haz competente, le cargaba sobre su cabeza; y en esta forma, y descubierta el rostro, para ser de todos conocida, y afrentada; entraba por las calles mas publicas de Roma. En aviendolas paseado muy à satisfaccion de su humildad, la descargaba del peso la misericordia; por que daba de limosna la leña à alguno de los pobres. Otras vezes llevaba consigo vn jumentillo, y cargado muy bien de los sarmientos de vna viña, heredad suya, entraba con el por las calles, guiándole del cabestro hasta dexar à los pobres repartida toda la carga. Pocas vezes comia su pan sin comprarle al coste de la vergüenza, porque le mendigaba de puerta en puerta en las calles mas principales, quando era mayor el concurso.

La impiedad ociosa mirando con torcidos ojos tan estupendos abatimientos, hazia sobre ellos mil satyras, que agravaban notablemente la mortificación de la humilde Sierva de Dios. Estas salidas al campo, tan frequentes en vna muger moza, y que en la flor de sus pocos años lleva bastantes soborno para desembuestras licencias: Este andarfe callegeando todo el día por vna Ciudad como Roma, en cuyas calles, y plazas se ven tan derramado el peligro como el genero: Qué puede ser (dezian) sino vna imprudentissima temeridad, que descredita à la devoción, quando presume que la honra? Otros ladeando los discursos àzia el vano pundonor del mundo, la calificaban de indigna de la sangre de sus Mayores, por el poco aprecio que de ella hazia, envienciandola con tan infames exterioridades. A la mendicación del sustento tampoco faltaba su glossa bien mordaz, dando por sentado ser hurto à los otros pobres las limosnas, que recibia para si; porque faltando en ella, como faltaba, la necesidad, no hallaban título justo, para pedir las honestamente. Herian tambien no poco las puntas de estas satyras al Confessor, y al Marido; (dolor sobre todos los dolores para Francisca) condenando al vno por indiscreto en lo que aprobaba, y al otro por infenato en lo que permitia.

En este turbion de calumnias fuè mas que heroyca la humildad de la Santa; porque sin esconder la cara à su desprecio, y reconociendose merecedora del vilipendio de todas las gentes, iba en paz por medio de ellas con admirable serenidad de animo, è imponderable jubilo de su espíritu. Desfazia el aparente pretexto de las satyras con la realidad de sus santas operaciones: no viendose en ella accion; ni movimiento alguno, que contra la calumnia no fuesse vna eloquentissima, y nerviosa Apologia. La humildad

penitente de su vestido, la palidez de su rostro, la honestidad de sus ojos, la sumisión de sus palabras; y vn no sé qué de Divino, que resplandecia en su exterior, causado del intimo trato con Dios: era para los que sin ojeriza la miraban, motivo de compuncion, y estímulo de penitencia, antes que de otro afecto menos respetoso. A los mendigos compenaba en su casa con su propio sustento, y otras muchas limosnas, en que exercitaba la misericordia, aquel pedazo de pan que ella pedia. Si la veian en el campo; era, quebrantada, y abarida con el trabajo de recoger leña: Si en las calles; era, haciendo, ò pidiendo limosnas: Si en los Hospitales; era, curando las llagas à los heridos, asistiendo à los moribundos, y consolando à todos, como dirè despues mas de proposito. Asegurada, en fin, de la justificación de su proceder con el testimonio de su conciencia, permiso de su Marido, y aprobacion de su Confessor; pasó adelante despreciando los varios juycios, y dichos de los hombres, y pisando con planta invicta la impiedad de los maldicientes, hasta que finalmente en la firme piedra de su constancia quedaron hechas pedazos todas las puntas de la calumnia.

El Marido, y el Confessor, à quienes alcançaron bastantes de estas puntas, como dixè, se portaron tambien con igual discrecion, y paciencia. Fiaron al coraçon de esta Muger fuerte la defensa de los dictámenes, con que aprobaban, y permitian sus virtuosas extravagancias; y teniendo todo bien afiançado en su igualdad constante, y prodigiosos efectos, juzgaron por oportuno el silencio; dexando à Dios, y al tiempo la causa: sin ponerle à razonar cò el mundo para deshazer sus cabilaciones: porque como la prudencia de los hijos deste siglo, es, o dinariamente, enemiga de Dios; y en las mas de sus operaciones se guian de lo ani-

animal, mirando todas las cosas con ojos de carne, y en sola la superficie: viene à ser, que ni sienten la fuerza de la razon superior, por donde se regulan los Santos, ni perciben las cosas del espíritu, que anima sus resoluciones.

En la Obediencia; de cuya perfecta practica es movil principalissimo la humildad: fuè tambien Santa Francisca muy señalada, sin saltar prodigios, que la calificassen de heroyca. Recogida vn dia en su retrete rezaba por el Breviario, como lo tenia de costumbre, el Oficio Parvo de la Madre de Dios. Al començar vna de sus Antiphonas, llamòla su esposo para no sé qué ocupacion; à que aviendo la Santa dado expediente, se bolviò à su rezo. No bien articulò la primera palabra, quando segunda vez el marido la llamò; repitiendo hasta quatro vezes esta diligencia: acafo para complacerse en el rendimiento de tan santa consorte como le avia dado el Cielo. En todas las quatro ocasiones acudiò Francisca puntual à la voz de su esposo: y queriendo Dios premiar de contado, y à letra vsta tan singular rendimiento de su Sierva, dispuso, que al abrir la quarta vez el Breviario apareciesse escrita con bellissimas letras de oro la Antiphona, que interrumpiò tantas vezes por obedecer. A vista de tal prodigio quedò la Santa mucho mas asegurada en la Virtud de la Obediencia: y muy firme en el concepto de que en las Mugeres casadas se agrada mas el Altissimo con el puntual rendimiento à sus Maridos, que con otros empleos de particulares devociones, aun siendo estas tan Divinas como las alabanças de su Purissima Madre; porque en estas sigue el Alma la inclinacion de vna voluntad gustosa: en aquello bracea el espíritu agua arriba contra el corriente de la Parte V.

propia voluntad: y antes halla entrada en el coraçon de Dios vna voluntad hecha pedazos por satisfacer à la obligacion; que vna voluntad muy entera por satisfacerse de su devocion.

Dado el primero debido lugar à la obediencia del Marido, passaba Francisca à obedecer al Confessor. Considerable organo visible del Espíritu Santo; y con la viva fe de que en sus labios oia la voz de Dios para la dirección de su Alma: obedeciò elegantemente puntual en materias tan arduas, que pudo su obediencia disputar primores con la de Abraham, justamente celebrada de las Escrituras; y Santos Padres: como se verà en los casos siguientes. Por disgustos, con que algunos Romanos estaban mal satisfechos de Ludovico, Nepote del Papa Innocencio Septimo: à quien el Marido de la Santa con toda la Noble Familia de los Poncianis favorecian: llamaron en su auxilio à Ladislao Rey de Napoles, por quien gozaba à Roma el Conde de Troya Pierino, hombre muy del genio de la crueldad de aquel Rey, de quien dexo ya dadas algunas señas en la Vida de San Juan de Capistrano Libro Primero; Capitulo Quarto. Pierino para asegurar los intereses de sus parciales, deseaba tener en custodia al Hijo menor de la Santa, que entonces era infantil; contentandose con esto, yà que no pudo prender al Padre, porque assegurò su libertad en la fuga con toda la Parentela. Mas aviendo caido en las manos del Conde vn Cuñado de la Santa, menos afortunado en la fuga, que los demás Parientes: hizo ponerle en rigorosas prisiones, amenazando, le quitaria la vida, si no negociasse su rescate trayendole en rehenes el Sobrino. Noticada la Sierva de Dios de la proposicion del Governador;

quedò traspassada de pena: porque por vna parte la caridad de Christo la impelia à libertar al Cuñado; y por otra, el amor de Madre sentia durissima violencia en averse de desprender de vn pedazo de sus entrañas: quien para el mayor quebranto mancomunò la naturaleza, la gracia de la hermosura, la candidez de la innocencia, la ternura de la infancia, y sobre todo, la razon de Hijo. Crecia incomparablemente su dolor con los malos informes, que tenia de los intentos del Conde, asegurandola todos no queria al Niño, sino para quitarle la vida en odio de su Padre. La Santa, cuyo coraçon de Madre con menos prudentes motivos tuviere los sobrados, para dár toda la fé à tan infaustas noticias: dexòse caer vencida à la parte del amor de su Niño: al qual no solo no entregò, sino que puso notable desvelo en su guarda, para que no se le arrebatasen.

Picada, empero, del escrupulo de faltar à la caridad por el demasiado asimiento; pareciendole estar atada mas apretadamente al Hijo con el vinculo de la sangre, que al Cuñado con el del espíritu: comunicò à su Confessor los motivos de su zozobra, para que la obediencia la serenase, siendo el vnico arbitro, y mobil de su resolucion. El Confessor: ò porque juzgò por vanos los temores, que de la crueldad del Conde pintaban los defaectos à él, abultando otro tanto mas la pintura con la passion, muy diestra en dár cuerpo, y alma à las perspectivas; ò porque (y será lo mas cierto) se hallò especialmente movido de Dios, que así lo disponia para que resplandeciese el poder de su diestra, y la virtud de Francisca; ò por otra causa, que yo no alcanço: él, en fin, mandò, que luego al punto entregasse su Hijo, llevandosele al Co-

de sobre sus mismos brazos. Apenas se le intimo el mandato, quando haziendose de bronco para los golpes del dolor, y cerrando los oidos a los gritos del amor materno, cogió al Niño, y entrò con él en la Iglesia de Nuestra Señora de Araceli, donde à la fazon se hallaba Pierino junto con el Preso, à quien avia hecho llamar. La Santa, antes de llegar à la presencia de ellos, se arrodillò delante del Altar de la Sagrada Imagen; para ofrecerla aquel sacrificio en memoria del que la Señora executò en el Monte Calvario, entregando su Hijo Dios à la muerte de Cruz para nuestro vniversal rescate. Aceptò benigneamente la Soberana Madre el sacrificio de su Sierva, y en testimonio de que le era agradable, hizo el prodigio de que la Vna, ò Tabernaculo de madera, en que se guardaba cerrada la Santa Imagen, se transparentase como vn clarissimo crystal, por cuyo medio la viò Francisca toda bañada en resplandores de gloria. Confortada nuevamente con demostracion tan prodigiosa, pasó à poner el Hijo en los brazos del Conde con fortaleza sobre toda ponderacion, invencible: porque persuadiendola el Cuñado hincasse al Conde la rodilla en protesta de su rendimiento, para ablandar mas bien por este medio los rigores de su enojo; respondió intrepidamente: *Por essa adoracion à solo Dios debida, solamente del mismo Dios solicitaré la misericordia.* Con esto bolvió las espaldas, y prosiguió su Oracion delante de MARIA Santissima, dexando entregada la víctima del Hijo al cuchillo de la crueldad: sin aver sido bastantes à hazerla bolver el rostro, los llantos del Angelito; que viendose en brazos estranos, gritaba sin consuelo por los de su Madre. Estos gritos, que aun de las piedras faceran la compasion, irritaron mas el

en-

encono de Peirino, y dexandose mandar de su furia, hizo prevenir vn cavallo para salirse de Roma con el Niño, quedando el fin de su resolucion oculto. Pero Dios Nuestro Señor, à cuya cuenta corre la seguridad de los que por su amor se fian à la obediencia con restado coraçon; dispuso, que ni el cavallo prevenido, ni otros muchos, que se traxeron despues, pudiesen dár vn passo con el Niño encima. A la fuerza de tan repetido prodigio se diò por vencido el empeño del Conde; y remiando las iras de Dios, no quiso ensangrentarse mas con Francisca; por cuya razon hizo la restituçion del Niño, y puffesfen al Cuñado en libertad. Oí verdaderamente inestimable perfeccion de obediencia! que por redimir al Cuñado, entregò al Hijo.

Es tambien heroyco, y milagroso el caso que le sigue. Visitaba la Santa vn Viernes Santo las Estaciones, aviendola prevenido antes el Confessor no se devuiesse en el camino à cosa alguna, ni levantasse los ojos del suelo, para que su exemplar modestia fuesse freno de aquella gran desemboltura, que suele andar derramada por las plazas en semejantes dias, no sin escandalo de la piedad Christiana. En cumplimiento de su devocion entrò Francisca en vna estrecha calle; por donde venia vn tropel de gente huyendo de dos toros, que apartados de la manada, se entraron en la Ciudad. Estaban yà los brutos agitados, y furiosos con las heridas, que les avian dado, para echarlos fuera; con que era inevitable naturalmente el peligro de su fiereza, si no se apelaba à la fuga. En medio de esto, la rendida Sierva de Dios, por no faltar à la obediencia, pasó adelante con esforçado valor, y serenidad de animo. Al encararle los toros con ella; siendo así que venian

juntos, como dos exhalaciones vni-damente disparadas, suspendieron la velocidad; y inclinando las armadas testas, y haziendo otros ademanes como de cortes obsequio, se abrieron passo entre passo, para hazer calle à la Santa por medio de los dos. Ella vñando de la cortesania piadosa con que la cortejaban los brutos, y à que quizá faltaron los racionales: profuguió su camino; quedando mucho mas fixa en la fidelidad de Dios, que no entrega al furor de las bestias las Almas, quando estas, llevadas de la perfecta obediencia, caminan à servirle.

CAPITULO XXIX.

DE OTRAS VIRTUDES MORALES
de Santa Francisca.

Participa mucho de la Virtud de la Obediencia la Paciencia Christiana; por lo que tiene de resignacion, y rendimiento à la poderosa mano de Dios; debaxo de la qual quiere el Apostol vivamos humillados, siempre que nos tocasse, ò cayesse sobre nosotros, por el exercicio de la adversidad: en lo qual fuè tambien admirable Santa Francisca. A su esposo, à quien amaba extremadamente con espíritu de caridad verdadera, como à coadjutor fidelissimo de su santo proposito: le viò vna vez herido de muerte; y otra, deserrado con ignominia, y pérdida de casi todos sus bienes, quedando arriuinada su casa, y llena de confusion. En este conflicto se portò con tan invicta paciencia, que ni se asomò la tribulacion al semblante, ni de sus labios salieron otras palabras, que las que se encaminaban à Dios, para alabar sus justificaciones; y en imitacion de Job, reperia muchas vezes: *El Señor lo diò, el Señor lo quitò: sea su nombre bendito.*

Tu-

Tuvo tambien estendido campo su paciencia en la obstinada malicia, con que los demonios la perseguian: quebrantandola el cuerpo, vnas vezes con ferozes golpes; otras, con bur-las tan peladas como fuyas. Aroja-banla contra el suelo; dabanla crue-lisimas bofetadas; llenabanla el ros-tro, y la boca de ceniza; y sobre to-do la martyrizaban el Alma con in-mundisimas fugestiones, que arroja-ban à su imaginacion, y con torpissi-mas figuras, en que se ponian à sus ojos. En todo procedió la Santa tan heroicamente serena, y resignada, que en premio de su paciencia la concedió el Señor el singular favor de que su Santo Angel la acompa-ñasse familiar, y visiblemente, para que la defendiese de tan astuto, y cruel enemigo.

El silencio (no pocas vezes fruo de la paciencia; porque ay lances en que para callar es menester toda la paciencia de Dios) tuvo tambien entre las Virtudes de Santa Francisca lugar eminente. La Caridad, la Obediencia, la Misericordia, y otras Vir-tudes, (cuyo exercicio, quando es en orden al proximo, tal vez necessita de palabras) eran la medida de las de esta prudente, y Santa Muger. De la medida sifilaba lo que podia con sapa-cisima discrecion: sabiendo, que en materia de conversaciones suele ser lo mas seguro para la conciencia, lo que se sifila. Daba peso, y estimacion à sus palabras con la escasez; porque lo precioso siempre es poco: y si lle-gasse à ser mucho, no será muy esti-mado, aunque sea muy estimable. La abundancia, hasta de las perlas baxa el precio: Què será de las palabras, que no son perlas? Si alguna vez en el silencio cometia algun deslíz; por le-uisimo que fuesse, le castigaba con rigor tan horrible, que no dexaba de arrastrar la lengua por el suelo, haf-

ta que con la sangre en que la bañaba, lavaba su culpa.

¶ Aunque con las referidas Vir-tudes tenia rendidos Santa Francisca los mayores enemigos de la perfec-cion Christiana, que residen en la parte racional de la criatura; y son: el propio juycio, la propia voluntad, el desseo de la excelencia propia, la van-ta complacencia de sí misma, y otros afectos desordenados: con todo esto mortificaba extremadamente su car-ne; así para tener à raya la brutalidad de sus apetitos, sin dexarles re-belar contra la razon; como para dar testimonio de la fineza de su amor en la perfecta conformidad à Christo Crucificado. Jamás gusto vino, aun-que à juycio de los Medicos le era necessarissimo por los gravissimos dolores de estomago, que continua-mente padecia, à causa de sus estre-mados ayunos. En estos por muchos años sola vna vez al día tomaba ali-mento, y esse no mas que de yervas à cuya proporcion el sueño era tan escaso, que no passaba de dos horas. En vez de camisa traía vna tunica as-perisima de paño; y debaxo de ella vn cilicio horrible, que la rodeaba todo el cuerpo. Usaba de disciplinas de hierro con abrojos, ò estrellas pen-dientes; cuyas agudas puntas, def-garrando, mas que azotando sus car-nes, no dexaban salpicada en la tier-ra la sangre, sino rebalsada. Suspendió tal vez el rigor de estos penales exercicios el mandato del Confessor, de cuyos labios pendian las manos, y el coraçon de Francisca: con que los hizo otro tanto mas acceptables en el acatamiento Divino por el desapego de la propia voluntad; que no pocas vezes los vicia, convertidos en alimento de vanidad, ò de sober-via.

Por vltimo: de todas las espinas de mortificacion, hazia la Santa valla à la

à la castidad conjugal; en cuya de-fensa se coronó de gloriosissimas vic-torias; porque los combates del es-piritu inmundo, que la movia sensi-ble guerra, fueron sobre toda pon-deracion horribles. Pero como don-de abundan las fuerças de su malicia, superabundan los esfuerços de los auxilios de Dios: acontecia mu-chas vezes apagar la Santa con aze-ite hirviendo el fuego, que à soplos, y conatos del mortal enemigo ardia entre negros humos en la oculta mina de la sensualidad. El especial cono del demonio contra la Santa en esta materia, nacia de dos causas. Vna era la gracia particular, que puso Dios en sus labios, para persuadir à las Doncellas de Roma la guarda incor-rupta de su tesoro, conflagrandose à Dios por Esposas, como diré adelan-te. Y otra, el aver conseguido de su Marido (después de algunos años de Matrimonio, en que aseguraron la succession de su Casa) que hiziesse voto de castidad junto con ella: como con efecto le hizieron, y guardaron inviolablemente; viendose con esso repetido en la limpieza de estos dos Santos casados el mysterio de la zar-ça, cuyas llamas ilustraban; mas que ofendian, la hermosura de sus verdores.

CAPITULO XXX.

DE LA ORACION MENTAL DE Santa Francisca, y favores Celestiales que recibió en ella, y en la Sa-grada Comunión.

NO ay estruendo, que mas in-quiete el sagrado silencio de la Oracion, que el que hazen en el Alma las desordenadas pasiones de la criatura; porque al modo que no pueden sostegar las ruedas del relox, mientras las pesas, que le úran, están

pendientes: así mientras el peso grave de las pasiones terrenas estu-viesse pendiente del coraçon, no es-pere nadie quedar en sosiego, para lograr en la Oracion la comunicacion Divina. El cuerpo, que agrava al Alma, tira, y lleva azia abaxo con toda la fuerça de sus apetitos al coraçon; el coraçon, à la fantasia; la fantasia, al entendimiento; el entendimiento, à la voluntad; y de esta fuerte, rebol-viendose toda el Alma en circulos en-cadenados, ella se es estruendo, y desafosiego de sí misma: del qual no podrá verse libre hasta que por me-dio de la mortificacion, y exercicio de Virtudes, desprenda de sí, ò, à lo menos aligere el desordenado peso de las pasiones. Santa Francisca, que con la constante practica de Virtudes heroicas, referidas en el Capitulo passado, se hallaba yà descargada de la gravedad de los apetitos, quedó en aquel mental silencio, que tanto importa para percibir con fruto la delicada voz del Amado en la con-templacion de los Mysterios Divi-nos. Daba muchas horas à este sa-broso exercicio, logrando profundas inteligencias del ser de Dios, y altis-simos grados de vnion con él; de que eran indice sus continuos, y maravi-llosos extasis. A tan elevada altura frequentemente subia por la firme es-cala de la Pasion del Redemptor, en cuyas Divinas finezas hallaba dilata-do campo la voluntad; para correr sin rienda à la correspondencia por la imitacion; anhelando solo vivir del padecer; y repurando à loçó el morir, à fin de que solo Christo fuesse la vida suya. En estas enamoradas ansias ardia tan activo su coraçon; que muchas vezes la ocasionaba mor-tales deliquios; de los quales no se aliviaba hasta que el mismo Amado la socorria con flores, y mançanas de regalos. Celestiales. Entre estos la con-

Voluptatem
inveni coitus
ardente supra
cultrano lav-
di respimbar
Volaterran.
Anttopolog.
lib. 22. 3. 157

concedió el Dón de lagrimas, para que respirando por los ojos las llamas del coraçon convertidas en agua, tuviesse algun descanso; y en él, nuevo fomento para mayores llamas.

De aqui nació el raro prodigio, que la sucedia frequentemente estando para recibir la Sagrada Eucharistia, blanco de sus mas tiernos afectos: porque con la cercana posesion del que deseaba su Alma, se arrebatava del espíritu, de modo, que desde el puesto en que estaba retirada en el Templo, partia por el ayre como vna exhalacion, hasta llegar al Altar. En recibiendo el Divino Bocado, se liquidaba su coraçon exhalado, como aroma al fuego del amor; y esto, tan palpablemente, que se percebian por el olfato las fragancias de que se llenaba la Iglesia, luego que comulgaba; siendo testigos de estas maravillas, quantos alli asistian.

MARIA Santísima, de quien era Francisca cordialissima devota, tambien la favoreció muchas veces en la Oracion con su soberana, y benignissima presencia. En vna de estas ocasiones la dió su seno maternal, para que reclinada en él descansasse de sus fatigas. En otra ocasion la veló la cabeza por sus mismas soberanas manos, con vn cendal tan blanco, que vencia en candores à los mas puros armiños. De otro soberanissimo favor de esta Madre de las Misericordias à Santa Francisca hablaré en lugar mas oportuno.

Es tambien estimable sobre toda ponderacion, la particular merced, que la hizo el Señor, concediendola (como ya dexo tocado en otra parte) la familiar, y frequente compania del Santo Angel de su Guarda en forma visible; de modo, que conversaba la Santa con él, como suele vn Amigo con otro. En este trato tan de los

Cielos (fuera de otros espirituales intereses) gozaba la Santa vna particularissima consolacion con la belleza extremada, en que se dexaba ver el Angel: porque la estatura era como de vn Niño de nueve años; el rostro, sereno, hermoso, y alegre; los ojos, como dos Estrellas, y en elevacion; los brazos cruzados al pecho; el cabello, crespo, y rubio, esparcido con ayrosa gracia sobre los ombros: El vestido; vna tunica blanca, en cuya comparacion seria borron la nieve; y sobre la tunica, vn género de Dalmatica apaciblemente elegante, y de color tan raro, que vnas veces parecia de zafiro, otras de plata, otras de oro.

Por último favoreció el Señor à su Sierva con las dos gracias, en que haze manifestacion de sus finezas para con sus Siervos fieles: vna fué, entregarle la llave del coraçon humano; para reconocer sus secretos; y otra, alumbrarla con la luz del espíritu profetico, para prevenir los sucesos futuros. De vna, y otra se refieren muchos casos: yo, por evitar la molestia, diré solo vno de cada gracia. Vn Mancebo Romano vencido de las astucias del comun enemigo, y arrebatado de vna furiosa passion de maledolencia; resolvió dentro de su coraçon quitar la fama con falsas, y gravissimas imposturas à vn Varon honesto, señalado en sabiduria, y Maestro suyo; circunstancia, que, por la impiedad, hazia crecer su culpa à monstruosidad horrenda. El Señor, empero, cuya misericordia se anticipa con ligerissimo buelo al remedio de nuestras miserias: reveló à su querida Francisca, toda la maquinaçion del Mancebo, para que benignamente le corrigiesse. Obedeció puntual; y aviendo referido al mal aconsejado Mozo punto por punto quantos pensamientos tenia escondidos en los

mas

mas ocultos senos del coraçon; le persuadió eficazissimamente à que los arrojasse de sí, y asegurasse la gracia, y misericordia Divina, por medio de vna confesion verdadera. Quedó pasmado el Mancebo viendo tan patente el secreto de su maldad en los ojos de Francisca: y para no malbaratar tan misericordioso aviso, no solo se acusó de su pecado à los pies del Confessor, sino que pidió perdon à su Maestro, contra quien avia concebido la iniquidad monstruosa: no obstante, no estar en la obligacion de esta exterioridad, por averse quedado toda la maquinaçion de la injusticia dentro del pensamiento, y solo patente à la Santa por el modo referido.

No es menos admirable el caso, en que se ve la gracia de su espíritu profetico; y es como se sigue. Vna Señora Romana, muy afecta à la Sierva de Dios, dió à luz vn Niño, en quien para acelerar el Baptismo, no se registaba motivo alguno; porque salió sano, y robusto, y con muchas señales de criarse, à juicio de Medicos, y Parteras. Con todo esto, quando con mas regocijo se celebraba la felicidad del parto, entró Francisca, y persuadió à la Madre hiziesse baptizar al Niño, porque viviria pocas horas. Oponianse todos à la resolucion, acusandola de impertinencia imprudente, por estar en la seguridad de la sanidad del recién nacido; pero la Madre, para cuya fe hazia mas peso el vaticinio de la Santa, que las ponderaciones exagerativas de los demás; se empeñó en que el Niño se baptizasse, puesto que en ello nada se arriesgaba. Hizose, como lo queria; y al punto conocieron la luz del Cielo, con que Francisca lo avia prevenido: porque recibir el Niño el Baptismo, y quedarle muerto en las manos del que le tenia, todo fué vno. A este mo-

do, como ya dixé, sucedieron otros muchos casos, que se omiten, porque no cañsen.

CAPITULO XXXI.

DE ALGUNOS MILAGROS DE Santa Francisca antes de su muerte.

Como quiera que los milagros, ni hazen à los Santos mas santos, ni añaden à la santidad nuevos quilates: es cierto que la dan lustres, con que la negocian mayor agrado, y estimacion en los ojos de los hombres. No quiso Dios que faltasse esta noble prenda à la santidad de su querida Sierva Francisca: y así la ilustró con infinitos milagros antes de morir: de los cuales diremos los que basten para contentar à la devocion.

Estando vn dia de Ivierno en el campo con otras compañeras en el humilde exercicio de recoger leña, como lo tenia de costumbre; y segun arriba diximos; se hallaron todas sobradamente fatigadas de la sed; porque aunque era Ivierno; picaba mucho el Sol, y con el exercicio se sentaba mas. Afligidas algun poco las pobres Mugerres, viendose sin prevencion de agua, y distantes de donde la avia, rogaron à la Santa, que por algun modo las aliviasse. Pues alargada la mano à esse arbol (dixó, señalando à vno, que estaba à la vista) y coged de él los racimos de uva, de que está cargado, en cuyo dulce licor se remplará vuestra sed. Alçaron los ojos, y vieron, no sin asombro, la maravilla, que dezia la Santa: y porque no quedasse ociosa, disfrutaron el milagro, vendimiando el arbol; y alabando à Dios, que en la tierra desierta, y sin agua, hazia parente la gracia, y virtud de Francisca con duplicados mi-

milagros; porque ni el tiempo, ni el arbol era de vbas.

En otra ocasion, hallandose cercana à vn arroyo de bastante caudal, que impetuosamente corria à buscar en el mar su origen; se le avivaron las ansias de vnirse con el Summo Bien, considerandose arroyuelo obligado à buscar con passo presuroso el centro de su descanso en aquel inmenso piélago de infinitas perfecciones. Fue tan vehemente el impetu de su espíritu en esta consideracion, que arrebatada de la tierra la llevó por el ayre al arroyo, cayendo en aquella parte, que las aguas estaban mas altas. Pero estas, ò arredradas del soberano incendio, que ardia en el coraçon de Francisca; ò reverentes à su santidad, no se atrevieron à ofenderla: y despues de aver continuado dentro de ellas hincada de rodillas, y por largo espacio de tiempo su oracion, salió del todo enjuta.

Semejante à este fue otro prodigio, que la sucedió estando rezando en el campo el Oficio Parvo de MARIA Santísima; porque sobreviniendo de improvísio vna recia lluvia; que calò à todas las otras pobres mugeres, que acompañaban à la Sierva de Dios: à esta no la tocò vna gota. Fueron las aguas en este caso (à mi modo de entender) beneficas por emulacion: pues aviendo sido cortès con la Santa, el arroyo en la tierra, era ya pundo nor ser tambien obsequiosa con ella la lluvia del Cielo.

En el milagro que se sigue se incluyen muchos; siendo entre ellos el mayor el de su caridad portentosa, que aora verèmos. Aviendose encendido en Roma vna gravíssima peste año de mil quatrocientos y treinta y ocho, visitaba la Santa à los apestados frequentísimamente; no solo sin temor de perder, sino con ansias de poner la vida por ellos, en califica-

cion de su mayor caridad, y en emulacion de la fineza de su Celestial Espofo. Azorada de este espíritu, los servia con extraordinaria aplicacion; limpiaba las inmundicias en todo lo que permitia la decencia; executaba los medicamentos; dabales de comer por su mano; y à los pobres, por su cuenta; ajobaba con los moribundos, y à todos asistia como amorosísima Madre, en quanto pedia la necesidad de cada vno. Fue salud de muchos con estas solas diligencias, por duplicados titulos milagrosos: milagrosas en sí mismas por los heroycos; y milagrosas en los apestados, por el efecto.

CAPITULO XXXII.

*FVNDADA SANTA FRANCISCA EN
Congregacion, y recibe en premio de
ella vn estupendo favor
del Cielo.*

EN medio de los milagros, que acabo de escribir, sin otros innumerables, que omito; y con todos los favores, y gracias gratísimas, que de Santa Francisca quedan referidas; faltaria vn grande lleno à la calificacion, y belleza de su santidad, sino se vieran ardiendo en su coraçon las lamparas de fuego, y de llamas, con que solicitaba encender en el amor de su Dueño las Almas redimidas con el grande precio de su Pasion, y Muerte. A este fin no perdonaba diligencia de quantas juzgaba conducentes, aunque fuesen las mas difíciles. Y como los heroycos exemplos de su Virtud eran eloquentísimas lenguas; que sin cessar estaban predicando el menosprecio del mundo; y el sequito de Jesu Christo por el camino de su Cruz; se movieron muchas Señoras de las mas principales à la imitacion de Fran-

cisca; rogandola se dignasse de instruir las, y ayudarlas en sus santos propósitos. De aqui nació el primer designio de fundar vn Monasterio; y en el vna nueva Congregacion, donde estas Almas, asseguradas de los peligros del mundo, pudiesen entregarse todas à los empleos del amor Santo.

Para la execucion de tan piadoso pensamiento no dexaron de atravesarse muchos de aquellos grandes estorbos, y perfecciones, a que en las empresas del servicio de Dios dà lugar su Altísima Proviencia: así para que con la contradiccion sobrefalgan mas los esfuerzos de su brazo, como para que las Almas enamoradas aumenten incomparablemente el caudal de sus virtudes. Entre tanto, empero, que se daba vado à las dificultades; y para que mas oportunamente se venciesen, segun las circunstancias, que entonces ocurrian: aconsejó su Confessor à la Santa, que con las Doncellas, y Matronas; que la seguian, fuesse al Monasterio de Santa MARIA la Nueva, de la Orden del Gran Patriarca San Benito, de la Congregacion del Monte Olivete; y en manos del Abad, con quien estaba ya conferido todo, hiziesen los votos de Religión; debaxo de la Regla del mismo Santo Patriarca. Executado à la letra, como se le ordenó, se retirò cada vna à su casa, donde con grande edificacion de Roma guardaban la Regla prometida, en la mejor forma que podian. Despues de algun tiempo, en que la constante virtud de Francisca, y sus Compañeras, deshizieron las abultadas maquinias, que se oponian à sus santos designios: à los seis de Enero del año de mil quatrocientos y treinta y tres, se recogieron en la Casa de Torre Espejos, donde oy se conserva el Monasterio.

nafterio, y Fundacion de la Santa, con la Regla de San Benito, à que hizo passo por la de Nuestro Padre San Francisco de su Tercera Orden; en que (segun arriba dixè) fundamos el derecho, para escribir la vida de esta Gloriosa Santa.

Sucedia todo lo referido; antes que se viesse libre de las ataduras de su Matrimonio: por cuya razon no pudo acompañar à sus Discipulas en la Reclusion, ni lograr sus intentos tan llenamente como lo deseaba; por que si bien el Marido tenia renunciadas, como dexò dicho, las honestas delicias del estado; no quiso, empero, deshazerse del todo de vna prenda, en cuya compañía, y trato celestial tenia afañado el consuelo de vna, y otra vida temporal, y eterna. En este quebranto de la voluntad, aunque Francisca quedó resignada, como debia; no dexò de asisirse mucho; componiendose aun tiempo en su coraçon con admirable armonia la subordinacion rendida à las disposiciones de Dios; y la pena grande de tener atados vnos deseos, que anhelaban à servirle más. Para entretenerlos en parte, visitaba con mucha frecuencia à las Discipulas; alentabalas con su exemplo, instruias con sus palabras; consolabalas con su presencia; acompañabalas en todos los exercicios de Comunidad; entrando en el Monasterio muchos dias desde la mañana hasta la noche. Pero al tiempo de apartarse; para bolver à las obligaciones de su casa, siempre se renovaba su dolor; sintiendo el cuchillo de la ausencia, que dividia su coraçon; atribuyendo à sus muchas culpas el verse privada de tanto bien.

Quan acceptas fuesen en los ojos del Señor estas encendidas, y resignadas ansias de su Sierva, lo dió

bien à entender en vna Vigilia de Navidad, consolandola con la Vision siguiente. Arrebarada la Santa del espíritu en vn extrasis tan admirable, que le durò tres dias continuos: viò por altíssima Vision imaginaria à la Inmaculada Virgen MARIA, que en premio de la Fundacion hecha, y de los deseos con que anhelaba vivir entre las Azuzenas, donde se apacienta el Cordero Celestial, se le puso en las manos, entregandola su dulcíssimo Niño recién nacido. Despues de aver desfrutado este favor en dulcíssimas caricias, è inefables consolaciones; y aviendo buuelto à la Soberana Madre el Hijo, de sus entrañas: viò junto à si à los Gloriosos Apostoles San Pedro, y San Pablo; al Grati Padre San Benito, y à Santa María Magdalena: à todos los quales amaba con devocion cordialíssima. Viò tambien algunos Angeles, que con solícito fervor disponian vn Altar, prevenido de todo lo necesario, para celebrar el Santo Sacrificio de la Míssa, à cuyo fin el Apóstol San Pedro estaba revestido con los ornamentos Sacerdotales. Antes de empezar el Sacrificio, bañò à la Santa en las purísimas aguas de vn cristalino Rio, que por alli corria con apacible serenidad: en cuyo baño se sintió tan purificada de los resabios de criatura terrena, y tan renovada en su espíritu; que le parecia no serle ya estorvo la pesadumbre del cuerpo para los buelos del Alma. A esta diligencia se siguiò la Míssa; en la qual hizo la Santa con imponderable fervor los Votos de las Religiosas; y successivamente recibió la Comunión de mano del mismo Apóstol San Pedro, con inexplicable jubilo de su corazón. Todos estos favores coronò por yl-

timo la Madre de las Misericordias; desprendiendo de su Soberana Cabeza el Velo, para velar con él à su Sierva; como lo hizo por su misma dulcíssima mano. En esto desapareció la Vision, quedando por frutos de ella en Santa Francisca, el consuelo, y seguridad, de que veria cumplidos sus deseos; y otros tan soberanos efectos, que no caben en la explicacion del entendimiento humano, mientras està pendiente, para su entender, de la groseria de los sentidos.

CAPITULO XXXIII.

ENTRA SANTA FRANCISCA CON abatimiento exemplar en su Monasterio donde fuè Prelada: Su muerte feliz: Fama posthuma, y Culto Ecclesiastico.

Quanto mas se acercaban à ser posesiones, tanto mas ardián en el corazón de Francisca las esperanças de consagrarse víctima del amor Divino en el Estado Religioso. Ya quiso Dios consolarla; y el año de mil quatrocientos y treinta y seis, tres despues de la Fundacion del referido Monasterio, y à los cinquenta y dos de su edad; la desató la poderosa diestra del Altísimos del vinculo del Matrimonio con la muerte del Marido. Viendose por este medio en libertad; dadas à los negocios de su casa las mas oportunas, y promptas disposiciones; y al dolor en la muerte de su esposo aquellas debidas expresiones, à que la empeñaban el amor de caridad perfecta las atenciones de Espoza, y las obligaciones de su sangre: fuè al Monasterio, à pedir à sus Hijas, la quiesciesen admitir en él:

accion que executò con humildad exemplaríssima en esta forma. Descubierta, y despojada del cabello la cabeza, descalços los pies, y echado vn dogal al cuello; llegó à la Puerta Reglar, donde postrada en tierra, y bañada en lagrimas, dixo à sus Discípulas, estas, ò otras razones poco diferentes: Espoza del Altísimos, y Señoras mías muy amadas: bien conozco, que si pongo los ojos en mis muchas culpas, no debo tener boca, para pedir me admitais en vuestra santa compañía, ni aun con el título, y para el empleo de esclava; mayormente aviendo dado la flor de mis años al mundo, metida en la Babilonia de sus locas vanidades. Pero atendiendo al espíritu de vuestra caridad, participada de la infinita de nuestro gran Dios, que sia distincion de tiempos, ni personas; recoge en sus brazos à qualquiera, que de corazón los busca: no dexan de asistirme esperanças de que usareis toda misericordia conmigo. En esta fe me atrevo à pedir os hagais la de admitirme en el Monasterio; para asegurar con vuestro exemplo la enmienda de mis pecados, y el hazer mas cierta mi salvacion: que yo espero, que el Señor, como rico en misericordias (yà que mi vileza, ni aun de esclava puede serviros) sea el premio de vuestra buena obra, llenandoos de copiosas bendiciones de su gracia. Oian las Discípulas à su humilde, y humillada Madre, anegados en lagrimas de ternura los corazones; y no pudiendo yà passar adelante con expectaculo de tan gran quebranto à los ojos: costaron el razonamiento, levantando del suelo à la Santa, y llevandola sobre los brazos à la clausura.

En ella, despues de desahogar en reciprocas ternuras, y correspondencias,

las finezas de su filial afecto; azibaron el gozo de la humilde Matrona con la proposicion, de que mientras viviese avia de ser Madre, y Prelada de todas; puesto que sobre ser voluntad, y consuelo de cada vna, lo pedian alsí la necesidad, la razon, y la justicia, por ser ella la piedra fundamental del nuevo Monasterio. No valieron excusas, ni lagrimas à Francisca, para sacudir el cargo de si por que tenian yà las Monjas meditada, y prevenida de los Prelados esta resolucion, à fin de que tuviese efecto: con que la Santa, de cuyas operaciones siempre fuè mobil la obediencia; huvo de rendirle sacrificada toda à esta seguríssima Virtud, y al consuelo de sus Hijas. Mas para que no quedasse del todo quejosa su humildad, pidió, que no la llamasen Madre, por la superioridad que explica este nombre; sino Hermana, que dize igualdad. Admitieron las Monjas la condicion, por no apretar à la mortificación de la Santa todos los cordeles; pero no pudieron cumplir lo prometido, porque ni el amor, ni la razon le lo permitia.

Sacrificada, en fin, à la caridad de sus Hijas, y obediencia de sus Prelados, governò la Santa Matrona su Monasterio quatro años, que le restaron de vida; con los aciertos, y frutos, correspondientes à su exemplaríssima santidad, y celestial prudencia. Vna de las cosas que assegurò principalmente la observancia de las Regularidades en las subditas, fueron las expresiones tan vivas, que hazia de dolor, quando caia en algun deslizo, aunque fuesse ligeríssimo, y no tuviese en el parte la voluntad; porque postrada en tierra, hecha vn mar de lagrimas, y dandose recios golpes en los pechos, pedia à Dios misericordia, como si fuesse reo de algun enorme pecado. Con tan

raño exemplo à los ojos, se compungian en extremo las Monjas, y andaban en temor, y temblor delante de Dios, sollicitas de serle fieles en lo poco, y en lo mucho. Para que en esto no pretendiesen excusa, procuraba la Santa Prelada con cuydado desvelo nada les faltasse de lo necesario à la vida: y quando à las provisiones precisas no bastaban los medios humanos, recurria à los Divinos con prodigiosos efectos.

Hallandose vn dia la Refritolera tan apurada de pan à la hora del comer, que puestas todos los medios posibles, no avia podido negociar, sino vnos pedazos, escafamente bastantes para tres Religiosas, siendo las Monjas quinze. Fuese con su afliccion à su buena Madre: la qual, aviendo con alegre serenidad oido la penuria, diò orden à la Monja, para que, sin flaquear en la confianza en Dios, tocasse à comer. Obedeciò rendida la subdita, y comenzando à repartir entre todas los escafos mendrugos, viò que se iban multiplicando, de modo, que hubo para todas. No parò en esto la maravilla; porque aviendo comido cada vna à satisfaccion, quedaron despues tantos fragmentos, ò pedazos, que bastaron para otras dos mesas.

No era menor el cuydado de la Santa Madre en que tuviesen sus Hijas en abundancia con la doctrina de sus Confesores el pasto del espíritu; tanto mas necesario, que el del cuerpo, quanto excede la gracia à la naturaleza, y lo eterno à lo temporal: en cuya confirmacion dirè solo este admirable caso. Hallòse vna de sus Monjas en peligro de muerte en occurrencia de estar ausente de Roma su Confessor. Era imponderable el desconsuelo de la triste, viendose precisada à carecer de aquel Ministro, à quien ya tenja patente los se-

nos mas ocultos de su Alma. Compadecida la Santa de su afliccion en tan virgente necesidad (para cuyo alivio abre la Santa Iglesia de par en par todas las puertas de sus gracias, y tesoros) la dixo: *No te desconsueles, Hija, y trata de vivir, hasta que tu Confessor vuelva à Roma; que yo fio de la Bondad Divina te ha de hazer el favor de que muera en sus manos.* Cosa prodigiosa! Desde este punto perdió la Enferma el habla, y pausò el peligro; de modo, que ni se disminuyò, ni se agravò; ni pudo confesarse con otro, hasta que despues de seis dias, bolviò su Confessor. Luego que le viò la Enferma, recobrò su habla, y hecha la Confesion, y recibidos con mucha consolacion de su espíritu los demás Sacramentos; diò las gracias à su Santa Madre, por el favor recibido. Entonces ella la dixo. *No à mi, Hija mia, no à mi, sino à Dios, debes agradecer sus misericordias; y para que mejor lo hagas: vete aora à descansar en paz, y tenme presente en el acatamiento Divino, pidiendole, que perdone mis muchos pecados.* En el mismo punto, que articulò estas palabras la Santa, entregò la Enferma el espíritu à su Criador sin alguna congoxa, y con apacible serenidad; escribiendo en lo rísono de su semblante la dicha; de que comenzaba à participar, segun piadosamente se dexò discurrir de todas las circunstancias. La Comunidad alabò à Dios en la multitud de sus misericordias; y especialmente en la de averles dado vna Madre, que tenia en sus manos, segun se manifestaba, las llaves de la muerte, y de la vida.

Duròles, empero, muy poco este consuelo (pension inevitable de todos los de esta vida) porque corriendo el año quarto de su Prelacia,

determinò el Altísimo romper las prisiones de su mortalidad, para que volasse à la inmortalidad à recibir la corona justamente merecida de sus heroicas Virtudes. Previnola su Magestad esta noticia tan deseada de su Alma, el dia mismo que llamò à sus puertas con el golpe de la enfermedad; y fuè el dia siete antes que muriese. En este tiempo fueron incomparables los buelos de su espíritu, y las mysticas transformaciones en el Amado, à influxo de los poderosos incendios del amor, avivados con la cercana esperança del eterno abrazo, y possession de su bien. Predixo su dicha à las Hijas, endulzandoles el dolor de la ausencia con prudentísimas, y fervorosas exortaciones à la conformidad con la voluntad Divina. Agravada la enfermedad, y descubierta ya su mortal peligro, recibió con especialísimo espíritu, y fruto todos los Santos Sacramentos; estando tan en si para los empleos de la devocion, que despues de recibida la Santa Uncion, hizo memoria de que le restaban rezar las Vísperas del Oficio Parvo de Nuestra Señora: y por no faltar à esta tan gran devocion, que practicò toda su vida, rezò las Vísperas, y Completas, con inexplicables afectos, y jubilos de su Alma. Quando ya se llegó la hora de su tránsito; dado el vltimo vale à sus Monjas, que la asistían anegadas en lagrimas; la mente; toda recogida en Dios; el deseo, en las moradas eternas: compuesto con singular modestia su cuerpo en el lecho; tendidos igualmente los pies; juntas al pecho las manos, clavados en el cielo los ojos: con vn semblante celestial, y entre vn blandísimo suspiro; embió al Criador su feliz espíritu, à los nueve de Março del año de mil quatrocientos y quarenta, y en los cinquenta y seis de su edad.

Parte V.

Quedò el Santo Cadaver desmintiendo los estragos de la muerte en el color, hermosura, blandura, flexibilidad; y mucho mas, en cierta suavísima fragancia; como de Rosas, y Azucenas, que infundia en las Almas vna consolacion inexplicable. Esta maravilla, junto con la constante fama de Virtudes, y milagros de la Sierva de Dios, traxeron casi toda la Ciudad en confuso tropel al Monasterio, luego que se divulgò su muerte. Tres dias estuvo expuesto el Santo Cuerpo à la publica veneracion de los Fieles; en cuyo tiempo fueron no pocos los que à su contacto sanaron de varias enfermedades. Despues de los tres dias se le diò honorífica sepultura con pompa solemnísima, mas festiva, que funebre. En su sepulchro se continuaron sin numero los milagros; y oy se continúan en el Altar, donde se venera su Cuerpo: los cuales omito; porque no conteniendo especiales circunstancias, que deleyren la voluntad, ò instruyan el entendimiento; fuele fastidiarse el gusto de los Lectores con su narrativa. Quien quisiere verlos extensamente, lea la Bulla de la Canonizacion de esta Santa (que se halla en el Bullario de Cherubino) y los Autores, que abaxo se citaràn.

Los Romanos, interesados en los honores de su esclarecida Hija, tomaron con mucho calor la causa de su Canonizacion pocos dias despues de su muerte; y aviendo comenzado los procesos en el Pontificado de Eugenio Quarto, los proseguieron en el de Nicolao Quinto, con igual empeño; sin dexarlos de la mano; instando siempre por la conclusion à todos los Pontífices, que se fueron sucediendo. Pero la lentitud acordada, con que en materias tan graves camina la Silla Apostolica, à fin de hazer infalibles, y mas venerables sus Decretos:

Aaa 3

fuè